

---

# Memoria y vida comunitaria en el contexto transicional de *Roza tumba quema* de Claudia Hernández\*

Memory and Community Life in the Transitional Context of *Roza tumba quema* by Claudia Hernandez

MARISSA GÁLVEZ CUEN

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México  
marissa\_gc\_d@hotmail.com

**Resumen:** Este artículo reflexiona sobre las dinámicas de la transmisión intergeneracional de la memoria personal en contextos bélicos y sobre las problemáticas de convivencia cotidiana en comunidades reconstruidas tras la guerra a partir del análisis de la novela *Roza tumba quema* (2017) de Claudia Hernández.

**Palabras clave:** literatura salvadoreña, posguerra, posmemoria, conflicto, testimonio

**Abstract:** This paper reflects about the dynamics of the intergenerational transmission of the personal memory in war contexts and about the problematics of daily convivence in reconstructed communities after the war based on the analysis of the novel *Roza tumba quema* (2017) by Claudia Hernández.

**Keywords:** Salvadorian Literature, Postwar, Posmemory, Conflict, Testimony

**Recibido:** octubre de 2019; **aceptado:** enero de 2020

**Cómo citar:** Gálvez, Marissa. "Memoria y vida comunitaria en el contexto transicional de Roza tumba quema de Claudia Hernández". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 37 (2018): 190-205. Web.

---

\* Este artículo forma parte de la tesis doctoral *Violencia y conflicto en la narrativa guatemalteca y salvadoreña de la posguerra*, realizada con apoyo del Consejo Nacional de la Ciencia y la Tecnología en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Desde su título *Roza tumba quema*, obra con la que Claudia Hernández se inaugura como novelista,<sup>1</sup> la novela permite entrever una escritura altamente significativa en cuanto a la relación establecida entre sujetos y espacios, continuidades y rupturas. Su directa alusión a la práctica agrícola homónima en la que los campos de cultivos son quemados para permitir una renovación gradual del suelo y así dar paso a la siembra de otro tipo de alimento ofrece una diversidad de interpretaciones que pueden ir desde la ecocrítica o la relación de sujeto con la tierra (aspecto al que hace referencia continuamente la autora en su novela y que es señalado por Ortiz Wallner en su artículo “Guerra y escritura en *Roza tumba quema* [2017] de Claudia Hernández”) hasta el establecimiento de una posible alegoría entre las generaciones de la guerra y las de la posguerra como los cultivos quemados y los nuevos sembradíos. Esta última lectura, en la que se enfatiza no solamente la importancia del espacio para los sujetos en contextos de guerra, sino las relaciones que se construyen entre quienes experimentaron la lucha armada y aquellas generaciones posteriores confrontadas con las consecuencias de esta, es la que quisiéramos desarrollar y con la que nos interesaría dialogar en la observación de ciertos patrones intergeneracionales e interpersonales representados en la novela.

En la novela se narra la vida de una familia integrada por mujeres y de figura paterna ausente, compuesta por la madre y por las tres hijas<sup>2</sup> que viven con ella en la mayor parte de la narración. La madre, señalada como tal a falta de nombres propios a lo largo de la obra, ya sea de personajes o de ciudades, convive con estas hijas en un espacio doméstico que, a pesar de mantenerlas cercanas espacialmente, incrementa las diferencias en la visión de mundo que mantienen estos personajes pertenecientes a un contexto bélico y a otro de transición,<sup>3</sup> respectivamente. En medio de una constante oscilación entre los recuerdos de su pasado en el que participó activamente con la guerrilla durante

<sup>1</sup> Es preciso señalar que, aunque debido a la reciente publicación de esta primera novela de Hernández la cantidad de trabajos sobre esta son escasos, su obra cuentística ha sido objeto de gran interés por diversos estudiosos entre los que se encuentran Linda Craft, Beatriz Cortez, Emmanuela Jossa, Alexandra Ortiz Wallner, María Catalina Rincón, Misha Kokotovic, Ignacio Sarmiento, entre otros. Jossa y Ortiz Wallner cuentan con publicaciones sobre su reciente novelística entre la que ahora se cuenta también la novela corta *El verbo j* (2019).

<sup>2</sup> Una parte fundamental de la obra es la historia de la adopción ilícita de la primera de un total de cuatro hijas, entregada a una pareja francesa sin conocimiento ni consentimiento de la madre durante la militancia de esta en la montaña. Tanto la adopción, acordada por los miembros de la guerrilla como un medio de conseguir fondos para la causa, como la búsqueda y el encuentro con la hija en París son ejes de la novela que, sin embargo, por consideraciones de pertinencia con el tema y la extensión del trabajo, no serán exploradas ni desarrolladas en el presente artículo.

<sup>3</sup> Actualmente, y desde hace ya varios años, los estudios literarios sobre narrativa centroamericana se han enfocado particularmente en estos contextos relacionados con la guerra y los distintos procesos de pacificación en la región. La memoria, la violencia y el testimonio son algunos de los puntos recurrentes de estos trabajos entre los que destacan las monografías de investigadores como Werner Mackenbach, Alexandra Ortiz Wallner, Arturo Arias, Dante Liano, Beatriz Cortez, Ileana Rodríguez y Héctor Leyva y artículos de Valeria Grinberg Pla y Julie Marchio, por mencionar solamente a algunos. En este trabajo, interesa especialmente la cuestión del conflicto y la convivencia en las comunidades reconstruidas tras el desarme y la construcción de identidades con relación a la comunicación intergeneracional y a la herencia de una memoria colectiva.

su infancia y su juventud y el presente de una transición ya consolidada en el que su vida adulta se ve dedicada a la lucha contra una precariedad a la que se enfrenta sin trabajo fijo, la novela representa los conflictos de actores de la guerra para salir adelante en medio de un panorama de inestabilidad, cambios, desconfianza, falta de empleos y, consecuentemente, pobreza. Tanto respecto a los años de la guerra como a ese presente inmediato al cese del conflicto y desarme, la continua lucha de la madre (primero ideológica, después económica) se traduce en una constante de supervivencia y de protección para unas hijas que representan, a su vez, las generaciones más jóvenes, hijas de la guerra.

La omisión de nombres y referentes explícitos a lo largo de la novela, así como la identificación de los personajes como “la madre de la madre” o “la tercera de las hijas que viven con ella” construyen este lenguaje sobre un orden caótico en el que la ubicación inmediata de los personajes se dificulta. Sin nombre, las identidades de estos se confunden inicialmente para después lograr ser diferenciadas como la hija ausente dada en adopción años atrás y que habita en el extranjero, la hija mayor que se marcha de casa para iniciar su propia familia, la hija que decide partir a otro país para trabajar y apoyar con la educación de su hermana menor, y la hija más pequeña; así como la madre de estas hermanas, excombatiente, y la madre de la madre quien se suspende liminalmente entre su pasividad durante la guerra y el compromiso activo de su esposo e hija durante la lucha.

Para Marta Sanz, este orden caótico encuentra correspondencia con el espacio y tiempo representado en la novela, el de la transición y la posguerra, en los que las identidades, los roles sociales y las expectativas de quienes actuaron activamente en la lucha armada se ven modificados y replanteados en la búsqueda de un nuevo acomodo y un nuevo sentido de pertenecer y de relacionarse:

Tanto la hipertrofia de ese lenguaje que necesita la continua autorreferencia para hallar sentido más allá del mundo caótico –burocracia ridícula, dificultad para obtener lo básico, ausencia de reconocimiento por las heroicidades–, como la idea borrosa de país, responden a la lógica del secreto, la ocultación y el pseudónimo, en un momento en el que pronunciar un nombre –delatar– era un tabú y, a la vez, las familias desmembradas buscan sus referentes, su diseminado ADN, los vínculos que no han podido estrecharse o se han truncado a causa de la guerra. (Sanz s.p.)

Si bien en la novela se omite, al igual que los nombres personales, el nombre del escenario en el que se desarrollan los hechos relevantes para la protagonista (guerra, desarme, relocalización), es posible inferir, tanto por las descripciones en la obra como por el carácter biográfico de la autora (de procedencia salvadoreña), que se trata del periodo transicional de El Salvador tras los Acuerdos de Paz firmados en 1992. Sin embargo, la suspensión del referente espacial explícito propicia una lectura más general del conflicto armado (y particularmente del cese de este), de manera que la representación de las subjetividades y las implicaciones sociales, económicas y culturales de las guerras civiles y el fin de estas adquieran un carácter más universal y puedan corresponder desde su planteamiento ficcional con conflictos de otras latitudes, como en el caso de

Colombia y su aún vigente discusión sobre el conflicto entre ejército y guerrilla y el plebiscito por la paz. De esta manera, las impresiones sobre el pasado bélico, a fin de cuenta subjetivas y sujetas a los mecanismos de memoria personales de la protagonista, parecen inclinarse más a la dimensión sensible y psicológica de la guerra, de la cual se derivan particulares modos de asimilar la posguerra y de relacionarse con sujetos y comunidades civiles, es decir, ajenos a la participación directa o indirecta en la lucha armada.

## Memoria e identidades colectivas

Para la madre, quien desde la temprana infancia desarrolló un sentido de pertenencia determinado por la instrucción de su padre como miembro de la guerrilla, la convivencia con civiles y el establecimiento de nuevas pautas de comportamiento representa un reto al que se dispone enfrentar motivada por el bienestar de sus hijas, quienes forman parte de una comunidad en la que no parece haber espacio para la privacidad y en donde el fuerte deseo de aprobación por parte de los vecinos indica la importancia de las relaciones comunales. Sin embargo, la dependencia no recae solamente en esta aprobación, sino en el intercambio de favores entre los que se encuentran el cuidado de los hijos o la vigilia de la vivienda y con los cuales los personajes, sobre todo los femeninos, pueden llevar a cabo ciertos trabajos a cambio de remuneración económica. Esta convivencia cercana y simbiótica resulta problemática desde la cuestión del asentamiento, de la construcción de una comunidad sobre un espacio asignado que obliga a la sociedad a su reestructuración y, por lo tanto, a la de los sentidos de pertenencia y de las identidades colectivas. Estas identidades, anteriormente en los años de la guerra determinadas por la participación con alguno de los dos bandos y compartidas después por medio de la preservación de una memoria colectiva, se ven parcialmente modificadas ante nuevas relaciones sociales y la incorporación a dinámicas económicas en donde la interacción con miembros de la sociedad civil, el aparato burocrático de la democracia e, incluso, con ex-militares es inevitable.

En esta formulación de nuevas comunidades, identidades y patrones de convivencia, la memoria funge un rol especial en el discernimiento de las complejidades en la reinserción social, no solamente tras la experiencia de la guerra, sino también tras una vida en la montaña en donde los mecanismos de supervivencia son distintos a los del ámbito urbano (e incluso rural). Además de la fijación de ciertos prejuicios asociados al bando enemigo o a otros actores del conflicto, que supone un incremento en la reticencia a la pacificación o convivencia con individuos de otras inclinaciones ideológicas y políticas, la memoria también será capaz de determinar el nivel de compensación o gratificación económica otorgada a excombatientes. Su capacidad de relación será un elemento fundamental para la deliberación sobre la veracidad de su testimonio y, consecuentemente, del otorgamiento de una pensión acorde a la magnitud de su trauma, discapacidad o lesión. De estos puntos, la memoria influye en las relaciones entre los distintos actores o testigos de la guerra y, aspecto en el que nos interesa

ahondar, en las de estos con la generación que le procede, la cual podríamos entender como una compuesta por “próximos privilegiados”.

“Próximos privilegiados” es una expresión de Paul Ricœur, que, como explica Quílez, se refiere:

[...] a la figura del allegado, de ese hijo, nieto o sobrino de supervivientes o víctimas de la violencia estatal que se ve impelido a escuchar a la generación anterior, convirtiéndose así en garante de una memoria familiar que se inscribirá en la memoria cultural y colectiva a partir de la reelaboración crítica, ética y artística del relato heredado. (61)

Similar a la propuesta de posmemoria de Marianne Hirsch en la que trabaja la herencia, preservación, asimilación y representación de la memoria de los descendientes de víctimas del Holocausto o de la forma en que las generaciones más jóvenes lidian con las violencias pertenecientes a un pasado, estos conceptos son puestos en discusión en cuanto a su aplicación para el caso de violencias políticas en América Latina. Hirsch “establece una distinción entre el pasado y el futuro, entre padres e hijos, entre la memoria del sobreviviente y la posmemoria que se distingue de la memoria por una diferencia generacional, y de la historia por una conexión personal” (Logie 103), lo que nos lleva a cuestionar si casos como el de la relación intergeneracional representada en *Roza tumba quema* pueden coincidir con este tipo de análisis. La cercanía y convivencia de ambas generaciones (aquella partícipe o testigo de la guerra y aquella nacida durante los mismos años) y el posicionamiento de la narración desde la perspectiva de la madre son algunos de los aspectos que en este caso merecen otro tipo de lectura distinta a la propuesta por Hirsch.

Aunque en la novela aparecen fragmentos orientados desde la visión y el pensamiento de las hijas, es la mirada de la madre la que permea en la mayoría de los capítulos de la obra. Es ella como testigo quien resguarda una memoria que por otra parte parece reacia a compartir, a heredar, precisamente como un mecanismo de protección de sus hijas, a quienes desea ver distanciadas tanto de la guerra como del papel de su madre como guerrillera. Esto conduce, a su vez, a otra diferencia con la literatura de la posmemoria. Si se piensa en cómo propone una indagación en los acontecimientos del pasado, cuestiona la participación o pasividad de las generaciones mayores en las violencias de estado y tiene una visión crítica con relación a su propia participación o compromiso respecto a los contextos anteriores.

En el caso de la novela de Hernández, los personajes más jóvenes no parecen tener esta aspiración a conocer sobre los hechos de la guerra (o este deseo de conocimiento les es vedado), ni parecen cuestionar su rol en cuanto a herederos de estas memorias. La obra de Hernández abarca, además del enfrentamiento entre dos generaciones que comparten distintas visiones de mundo pero que coinciden en la búsqueda de mejores condiciones de vida, la de las generaciones mayores que en una edad adulta experimentaron los efectos de la guerra, pero no participaron activamente en ella, lo que fisura la conformación de una identidad colectiva generacional y espacial, como ocurre en el caso de la madre de la madre.

Así, para entender la manera en la que las generaciones se conforman y construyen pertenencias en el universo de la novela, recurrimos al concepto de generación de Jürgen Reulecke en el que se enfatiza la experiencia de vida sobre el criterio cronológico. Pertenecer a un grupo etario particular y haber compartido experiencias similares con relevancia sociohistórica que permiten una ubicación temporal, como en el caso de los contemporáneos de la guerra o de la posguerra, son algunos de los criterios de los que surge una concepción más desarrollada de generación:

A new understanding of the term which originated in the humanities and social sciences has now become common, however, which defines “generation” as a group within a society that is characterized by its members having grown up in the same particularly formative historical era. Often, such a generational identity exists throughout its members’ lives due to their having experienced times of radical upheaval and new beginnings (primarily in adolescence) and as a result sharing a specific habitus (the “imprint hypothesis”). (Reulecke 119)

La conformación de identidades colectivas basadas en un criterio etario será en *Roza tumba quema* un rasgo determinante en tanto a la facultad de *recordar* la guerra y reflexionar sobre un presente aún transicional en el que la misma memoria se encuentra en pleno proceso de construcción y de formación. Ejemplo de ello son las hijas mayores de la protagonista, a quienes, a pesar de haber nacido durante los años del conflicto, su corta edad no permite el desarrollo de un criterio propio sobre lo sucedido. Esto, aunado al hermetismo de los mayores, testigos directos o indirectos de los acontecimientos relacionados con la guerra, incrementa de por sí una distancia ya marcada por el criterio generacional.

## Memorias transmitidas, memorias censuradas

Si, como observa Michael Pollak, en el caso de la memoria heredada “hay una relación fenomenológica entre la memoria y el sentimiento de identidad” (38) debido a la construcción social e individual de esta, su ruptura o la negación de su transmisión por parte de un elemento generacional a otro deviene, a su vez, en una modificación en el desarrollo de la identidad de los sujetos más jóvenes, pero también en la de quienes, por medio de dicha omisión, verán modificada la visión que de sí tienen los otros, lo que conlleva a un cambio en su identidad familiar o colectiva.

Para la madre, cuyas experiencias de niñez y juventud difieren enormemente de las de sus hijas y, en menor medida, también de las del personaje de la abuela, la creación de una identificación con su propia generación combatiente será un mecanismo llevado a cabo de modo virtual, con lo que parece ser un acuerdo implícito de silencio y de olvido, pero en el que aún perduran ciertos códigos de convivencia de la vida en la montaña. Ejemplo de ello es el trauma físico y psicológico que comparten gran parte de los excombatientes, que si por una parte incentiva una política de censura entre ellos como forma de adaptación en las comunidades reintegradas en la transición, por otra los une en cuanto

a que deben recurrir a los mismos mecanismos de testimonio para obtener la ayuda económica otorgada a las personas lesionadas o con una discapacidad ocasionada por la guerra.

En su trabajo “Recuperación de la memoria histórica: actitudes de la población salvadoreña” (2006), Patricia Montalvo observa los modos de conservación y transmisión de la memoria en contextos de guerra y posguerra. Para su estudio, la autora propone el término “generación de guerra” para designar a algún grupo que “nació y creció en un determinado período histórico, con una configuración política, sensibilidad y conflictos particulares” (688). Los resultados de su observación pueden, a primera vista, resultar un tanto paradójicos por la aparente contradicción entre un anterior o inicial compromiso político o ideológico y la posterior voluntad de olvidar. De manera bastante similar a las correspondencias biográficas de la protagonista de la novela con los episodios bélicos narrados (infancia-inicio de la guerra, juventud-lucha en la montaña, adultez-desarme y transición), para Montalvo:

[...] se supone que estos grupos de mayor edad y más expuestos son los que vivieron su infancia, su adolescencia y el principio de su juventud durante el conflicto. Se esperaba que estuviesen más inclinados a recuperar la memoria histórica, en particular aquellos que estuvieron más expuestos. [...] las personas que recibieron el impacto directo de la violencia de la guerra estaban más de acuerdo con el discurso gubernamental que sostenía el perdón y el olvido. (696)

La aparente contradicción ya mencionada es, sin embargo, explicada por Montalvo con una hipótesis en la que se sostiene cómo el carácter traumático y violento de ciertas experiencias es lo que determina en un futuro un deseo de separación por parte de los individuos, el cual suele ser expresado en la censura o el silencio como forma de invocar el olvido y así evadir el estrés y la ansiedad que suscita el recuerdo de este tipo de vivencias.

Respecto a lo anterior, el testimonio de sucesos violentos o la narración de la memoria traumática suscita distintas reacciones ante las cuales hay una diversidad de consideraciones por parte de la crítica en cuanto al rol y a la responsabilidad del escritor, intermediario o crítico respecto a la observación y discusión sobre el trauma relacionado con contextos de violencia política. Para Roland Spiller et al., por ejemplo, “para una memoria traumatizada, recordar es revivir” (193), por lo que se considera especialmente el cuidado a la sensibilidad y vulnerabilidad del testigo tomando en cuenta el impacto emocional del acto de recordar. Estas consideraciones, a su vez, propician una imagen más humana de los trabajos de recuperación de la memoria y reivindican la importancia de la dimensión sensible que ofrecen este tipo de voces, las cuales no siempre manifiestan un deseo de recordar o compartir este recuerdo. En el caso de las memorias históricas del Cono Sur, a la catarsis que ofrece la relación de una memoria traumática se antepone la necesidad de una amnesia que funge como una forma de “resistencia a reconocer los eventos de violencia” (Cornejo et al. 83) y que sigue formando parte de los procesos de duelo de un espacio como el nacional, tras la repercusión de dictaduras, guerras internas o revoluciones.

Para el personaje de la madre, la imposición de un silencio respecto a su vida pasada como guerrillera, pero también en general sobre lo acontecido durante el conflicto armado, representa una forma de asegurar una visión a un futuro representado por las hijas que viven con ella. Las hijas se ven enfrentadas así a una política familiar interna de censura sobre la guerra en la que la madre no cuenta y ellas no indagan. A pesar de los esfuerzos de la madre de mantener así una especie de distanciamiento entre sus hijas y las historias de violencia bélica, estas, nacidas durante plena lucha o en los años de la desmovilización, crecen y se desarrollan como personas en un contexto directamente afectado por la guerra. Algunos de los elementos que se encuentran más presentes en las vidas de estas jóvenes y relacionados con el fin del conflicto son, por ejemplo, la presencia de programas provenientes de organismos internacionales con el fin de apoyar en la educación, vestimenta, alimentación y vivienda de estas comunidades; la creación de fondos de ayuda y pensiones para excombatientes y el consecuente desarrollo de un aparato burocrático para su atención y seguimiento y la búsqueda de trabajo en el extranjero como medio de apoyo interfamiliar por medio de las remesas.

Esta misma política familiar de autocensura respecto al pasado militante de los padres no es exclusiva del personaje de la madre, quien se enfrenta a este mismo tipo de comportamiento hermético durante su infancia, periodo en el que, a pesar de su participación en entrenamientos clandestinos y su instrucción en el manejo de armas de fuego, no recibe una educación ideológica o mayor información sobre los motivos de estas actividades que la protagonista, siendo niña, realiza por el hecho de que su padre “se lo mandaba” (Hernández 20). El personaje crece así en medio de un contexto de “rumores de guerra”, los cuales, sin embargo, no “relacionaba con nada de lo que hacían ellos en los predios o en las canchas cuando el sol bajaba su intensidad. Creía que lo hacían porque era bueno para la salud, como ellos mismos decían, y por diversión” (20). Tomando en cuenta el paralelismo entre su infancia con su padre y la de sus hijas con ella, es posible entrever una similitud en la manera en que estas últimas viven y asimilan una posguerra que delimita cada aspecto de sus vidas, pero que no logran comprender en cuanto a la relación que tiene con la historia de su propia familia. De forma un tanto cíclica, esta conducta es repetida en su futuro adulto por la protagonista, quien entiende el ocultamiento de la información como una forma de protección.

De este silencio se deriva una incompreensión traducida en algunos personajes de la novela en una desconfianza entre lo que durante los años de guerra fueron distintos bandos y que durante la posguerra llegan a pertenecer a las mismas comunidades. Los años de lucha armada son considerados así por quienes participaron activamente como “un tiempo que cada vez se comprendía menos y se señalaba más” (204); incompreensión no solamente ocasionada por la diferencia etaria que identifica a los sujetos en distintas generaciones (y por lo tanto distintas experiencias colectivas), sino también por la distancia impuesta entre combatientes (militares o guerrilleros) y civiles. Consecuencia de ello es la construcción de un sentido de recelo entre varias esferas sociales que, a pesar de

la integración que surge tras el desarme, pervive y se expresa en un escepticismo o incredulidad recíproca. Esto a su vez deriva en un hermetismo mayor por parte de quienes fueron partícipes o testigos de la guerra, quienes se cuestionan sobre compartir un testimonio o memoria personal a una generación o estrato social incapaz o indispuerto a comprender su visión del pasado y del presente:

Muchos de sus excompañeros han vendido las tierras que les dieron en el reparto. Ha llegado a ocupar sus espacios gente nueva, de otras partes. No son como las del pueblo. No les tienen miedo, pero tampoco respeto. Son un poco como los empleados de los hospitales a donde llegan a consultar, que los miran como si fueran gente a la que no les deben nada y a veces hasta maltratan como si no merecieran su atención o no pudieran defenderse. Algunos son tan jóvenes que, incluso si se los explicaran, no entenderían lo que hicieron por ellos. Ni siquiera comprenden la palabra guerra. El término los aburre. Dicen que los viejos sólo hablan de eso y que están fastidiados de escuchar. (224)

El proceso de transición y los años posteriores de posguerra se encuentran representados desde la confusión respecto al proceder de los personajes en su nueva vida como civiles y a las relaciones sociales, vecinales o laborales, con otros personajes anteriormente no militantes. Aunque en la novela este tipo de relaciones cuya diferenciación se da incluso dentro de los integrantes de una misma familia, como ocurre con el personaje de la abuela quien no se considera a sí misma como excombatiente y por ello se distancia de su hija y nietas, los conflictos en cuestión de convivencia y sociedad se ven desarrollados sobre todo dentro de las comunidades de exguerrilleros. En estas comunidades es donde, como se ha mencionado anteriormente, existe una fuerte conciencia de la colectividad y de la importancia de la aceptación de los vecinos, el conflicto y las tensiones son palpables en el transcurso de la novela e, incluso, llegan a constituirse en una lucha de la protagonista por adaptarse, conciliar y protegerse que suplirá la batalla armada anterior.

### Comunidades en transición y conflicto interno

En la novela, los conflictos comunitarios representan el reto de una vida tras la guerra. Sin embargo y en un nivel más significativo, estos pueden también ser pensados como una microesfera cuyo referente sea un país afectado por una guerra civil. Para Mario Zúñiga, este término en particular (guerra civil) otorga “justa dimensión al conflicto vivido –en el cual perdieron la vida más de setenta mil personas–, pero además utiliza el significante ‘civil’, que remarca el carácter fratricida del enfrentamiento, así como su dimensión de rebeldía ciudadana” (61). Al igual que El Salvador en guerra, cuya población se vio obligada a posicionarse en medio de un combate “fratricida”, estas comunidades conformadas por sujetos con distintos sentidos de pertenencia enfrentan a sus miembros a dinámicas de integración que no siempre coinciden con el proyecto de pacificación. El fin de la lucha, sobre todo si se plantea desde la vertiginosa búsqueda de la paz, lejos de suponer una estabilización social y un refuerzo de los lazos comunitarios, da continuidad a la formación de otredades y de identidades basadas en las dinámicas sociales presentes en la guerra.

Desde la visión de la protagonista, los mismos integrantes de estas comunidades suponen un riesgo que parte de lo interno, lo local. En este grupo, en el que también se encuentra la familia nuclear y los vecinos, el conflicto se encuentra latente y llega a detonar por distintas razones entre las que destacan la económica, en cuanto a la repartición de pensiones y la inconformidad y discordia ocasionada por dicho reparto; la de género, a causa de las murmuraciones sobre la crianza y manejo de la familia a cargo de la madre y del acoso sexual al que se ven expuestas la protagonista y las hijas, o la ideológica, con un potencial de determinar la exclusión de ciertos personajes a causa de su lealtad o su distanciamiento con la guerrilla o su causa. Para la madre, el conflicto, a pesar de los distintos niveles de otredad entre ella y el resto de la comunidad (por su género, por su papel activo en la guerra, por ejercer la maternidad sin pareja afectiva), se desarrolla entre los mismos integrantes de sus círculos sociales o familiares extendidos y dentro de las inmediateces de su propio territorio (por ejemplo, la percepción de peligro se da sobre todo con relación a los mismos compañeros de guerrilla que la acosan en su infancia, y no tanto con el bando opuesto).

La construcción durante la transición de un sentido comunitario del nosotros, en el que se encuentran presentes las tensiones interpersonales en un marco de mutua observación e imposición de criterios de conducta basados en la lealtad ante vecinos excombatientes, es representada en la novela de Hernández de manera caótica. Por una parte y de manera inicial, la creación de un sentido de pertenencia y una identidad colectiva se posibilita por la experiencia compartida entre personajes excombatientes quienes han pasado por varias “modalidades de construcción de su sentido comunitario” (84), como lo explica Anette Hernández, y entre las que se encuentran las comunidades en éxodo, las refugiadas y las repobladas. Por otra parte, y a pesar del fortalecimiento de lazos comunitarios gracias a un pasado en común y al enfrentamiento de retos similares, los intereses personales vencen en el contexto de precariedad y obtención de ayuda a los intereses de una causa que para ciertos sectores llegó a fungir como parte de la vinculación social.

La relación entre el yo, el nosotros y los otros se manifiesta en la mención del fuerte peso que las opiniones, el discurso, juicios y la información proporcionada por los miembros de la comunidad tienen en la vida de cada uno de sus integrantes. Esto, además de representar un fuerte arraigo y conciencia de la vida comunitaria, funge para la protagonista como un constante recordatorio de su incapacidad de aislamiento y, por lo tanto, la imposibilidad de proteger el carácter privado de su vida personal y la de sus hijas. Estos personajes femeninos se ven constantemente observados, miradas que en la novela aparecen como un conglomerado anónimo, tangible y cuya omnipresencia se ve manifestada en el texto con expresiones como “a la gente de la comunidad le pareció [...] Los mayores dijeron [...] Los más jóvenes dijeron [...]” (85) o “todos lo saben ya” (115). Más allá del peso de la voz de los otros, estos son capaces de emitir criterios de aprobación o disconformidad que, si bien no logran alentar o disuadir a la familia, sí influyen en la percepción de esta entre la comunidad. Ejemplo de

ello es el viaje a París de una de las hijas mayores en busca de empleo, empresa sobre la que “ninguna de las vecinas apoyaba la idea de que dejara ir a la hija tan lejos” (181).

Con la transición de la guerra a la paz se desarrollan una serie de cambios en las relaciones vecinales y sociales, la construcción de pertenencias y también la de otredades. El desarrollo de una individualidad en contraste con el sentido de colectividad imperante en el contexto revolucionario forma parte de este cambio de paradigma en el que, como apunta Ignacio Sarmiento, persiste una sensación de proyecto colectivo. Así, en la novela se representa cómo de manera superficial y de acuerdo a los intereses de una colectividad, la comunidad llega a adoptar un discurso de corte comunista cuando se trata del reparto de bienes, como las donaciones de juguetes o alimentos para excombatientes; discurso que exige sacrificar el capital individual en beneficio de antiguos compañeros pero que deja pasar las transgresiones cometidas a ciertos individuos de la comunidad.

En la novela de Hernández la exploración de la vida familiar y la convivencia vecinal se antepone al desarrollo o tratamiento sobre la violencia perpetrada por el ejército o los enfrentamientos entre este y la guerrilla. Uno de los puntos que en esta línea merecen especial atención es el del concepto de lealtad y compañerismo que mantienen los personajes, en distintos niveles, pero tanto en el contexto de la guerra como en el de transición. Para la protagonista, este será motivo constante de un conflicto que inicia desde la infancia y en el que el autocuidado personal parece no tener cabida ante el bienestar general, en una política de protección de la comunidad, sea esta la familiar o la local.

El personaje de la madre recuerda cómo durante sus primeros años en la montaña, a los que correspondieron su niñez y adolescencia, en uno de los campamentos es hostigada por compañeros de la lucha. El campamento, a pesar de ser un escenario familiar, conocido y que pertenece a una esfera que remite a la defensa del mismo pueblo es, sin embargo, el sitio en el que se presentan las primeras amenazas y agresiones de carácter sexual. Con el pretexto de llevarla ante su padre, unos jóvenes guerrilleros intentan convencer a la joven de partir con ellos y así abusar de ella ocultos por la vegetación de la zona. Ante la sospecha del personaje y su consecuente negativa, estos optan por recurrir a amenazas que en un principio son dirigidas hacia ella y posteriormente hacia sus tíos menores, a quienes logran agredir físicamente y humillar, no sin antes enfatizar la responsabilidad directa de la joven en esta agresión, que “recordaran siempre que todo lo que les habían hecho había sido por culpa de ella” (34).

Su reticencia a ceder al abuso y la explícita culpabilización respecto al maltrato de los tíos por parte de los guerrilleros son suficientes elementos para que ante los ojos de su abuela el personaje de la madre sea considerada culpable y, por ende, merecedora de la exclusión de la casa, de manera que “ya no volvieron a verla como antes ni a dejar que descansara en sus corredores cuando venía de regreso con el agua, ni a que jugara con sus hijos” (34). Este episodio provoca en la protagonista una doble sensación de desamparo ocasionada tanto por la actitud de la abuela como por la experiencia de una violencia ejercida

por miembros de la misma comunidad, de lo que se deriva una doble ruptura de su sentido de pertenencia familiar y comunitario. A la joven “le costaba creer que alguno de los hombres que se habían organizado e ido a las montañas para defenderlos pudiera dedicarse a eso”, ya que de acuerdo a su conocimiento y al imaginario de la gente de la montaña “los que violaban eran soldados” (29), no gente conocida y partícipe del mismo bando en la lucha armada. Más adelante y en plena edad adulta, el mismo personaje vuelve a enfrentarse tanto al mismo tipo de hostigamiento de índole sexual como a la misma desprotección o falta de apoyo por parte de la comunidad en su resistencia a esta violencia de género representada tanto en el tiempo del conflicto como en el de paz.

De manera similar al acoso sucedido durante la niñez, en la edad adulta y siendo madre, la protagonista se enfrenta con una política de lealtad a las familias de una comunidad unida por la participación en la guerra. En esta organización interna, la acusación o la delación de culpables parece ser una transgresión mayor que el tipo de violencia perpetrado en sí. En la novela existe una representación del recelo entre los integrantes de estas comunidades reconstruidas, enunciado en palabras de la madre y respecto a ciertos vecinos con la paradoja de que “algunos que habían creído toda la vida que eran de un bando resultaron ser de otro” (131). Para estos personajes, aunque la anterior pertenencia o inclinación hacia el bando contrario no supone el mismo peligro o confrontación, sí conlleva a un tratamiento distinto en las dinámicas de convivencia cotidianas y a una tensión que, en algunos casos representados en la novela, llega a manifestarse en la venganza personal de asesinatos cometidos durante el conflicto armado.

Estas tensiones se ven incrementadas con la cercanía en la que viven estas familias, tanto espacial como en lo que respecta a la dependencia entre vecinos en cuestiones de seguridad e incluso para el cuidado de los hijos, como ocurre cuando la madre se ve en la necesidad de solicitar la vigilancia de la casa y de las hijas a una de las mujeres de la comunidad y a pesar de su desconfianza. Esta proximidad y esta continua observación de las familias, si bien representa una mayor protección, actúa en detrimento de la madre y de su familia integrada por mujeres. La estrecha convivencia fortalece normatividades en las que la madre no siempre logra insertarse o ante las que se presenta como una transgresora, especialmente en cuestiones de género.

## Conflicto y género

El papel activo de la madre, su capacidad para orientarse con facilidad y desplazarse en la montaña y el manejo en el uso de armas de fuego durante la guerra brindan cierto reconocimiento y respeto hacia la protagonista por parte de sus excompañeros, aspectos que funcionan como atenuantes de ataques hacia ella. Sin embargo, en una lógica comunitaria en la que el bienestar colectivo se antepone al individual, esta y sus hijas siguen siendo objeto de hurtos y hostigamiento que, sin embargo, optan por no denunciar conscientes del desencadenamiento de una desconfianza hacia ellas y no hacia el agresor. El origen del acoso y los robos a esta familia se relacionan con la sospecha de

una distribución desigual de pensiones en favor de la madre, suposición que parte de la, para los integrantes de la comunidad, inexplicable solvencia de una mujer en un hogar con tres hijas y sin la ayuda de un hombre. Los vecinos excombatientes “creían que estaba en mejor condición que el resto y que no compartía su bienestar por avaricia. Les parecía poco solidario por parte de una persona que había peleado la misma batalla que ellos” (80). Ante esta creencia y ante lo que se considera como un acto de desigualdad y egoísmo, algunos vecinos incurren en pequeños robos a la propiedad de la madre.

Los abusos cometidos contra la familia de la protagonista se basan, además del discurso del bienestar común, en una serie de prejuicios de género entre los que sobresale el del cuidado de la masculinidad de personajes que, a diferencia de la madre, no logran obtener un ingreso u organizar sus finanzas personales por lo que recurren al robo menor, justificado como un acto de justicia en su lógica comunal. Esta representación de la vida de las comunidades tras la guerra da cuenta de la continuación de dinámicas sociales en las que los roles de género, a pesar de la participación activa de las mujeres como combatientes, supeditan a la mujer a la obediencia de los hombres, ya sean vecinos, compañeros sentimentales, padres o superiores en la jerarquía militar o laboral. La implícita aceptación de este tipo de normatividades que en el universo narrativo de la novela prevalecen después de la guerra se establece como una forma de mantener, por medio de la reafirmación de la masculinidad y la autoridad masculina, un orden social en el que las transgresiones suelen ser sancionadas por la opinión popular con la exclusión o la maledicencia.

Los hombres que por desertión u otros motivos no fueron candidatos a recibir apoyos tras el fin de la guerra se ven, desde su propia lógica machista, obligados a robar a las mujeres que sí son o han sido beneficiarias de pensiones o repartos siempre y cuando estas se encuentren solas porque “respetaban la presencia de los hombres, aunque fueran viejos o menos fuertes que ellos” (185). La vulnerabilidad económica y la desprotección social de las mujeres en contextos predominantemente masculinos, lejos de ser un atenuante en los miembros de la misma comunidad, es visto por los vecinos como un incentivo para proceder al hurto sin causar ofensa a otros hombres, de donde se infiere que el bien común por el que aboga la comunidad en beneficio colectivo es de carácter excluyente y machista. Sin tomar en cuenta la contribución de las mujeres a la causa, su papel en la lucha o su rol en el desarrollo de las comunidades durante la posguerra, “las seguían viendo como lo hacían antes de la guerra, aunque hubieran combatido a su lado, les hubieran salvado la vida alguna vez o pudieran matarlos entonces alegando invasión a su propiedad” (185).

A pesar de la conciencia sobre el derecho de estas mujeres a defenderse bajo el argumento antes mencionado, estos hombres conocen los códigos de convivencia bajo los que se rigen las excombatientes, quienes “no querrían quedar como asesinas ante sus hijos” ni “querrían echarse encima el peso de la crítica de los vecinos” (185) que, como se ha desarrollado, influencia fuertemente los comportamientos, la pertenencia y las relaciones de los miembros de las comunidades. Así, aunque existen en estos asentamientos mujeres que al igual

que la protagonista se encuentran instruidas en el manejo de las armas y poseen el conocimiento necesario para defenderse personalmente, estos personajes femeninos están conscientes de que las masculinidades y los comportamientos sexistas previos a la guerra no se han visto modificados a pesar de la activa participación de las mujeres en la lucha armada y actúan con base en el conocimiento de estas actitudes.

El acto de testimoniar, ya sea para compartir una memoria individual, para dejar un registro personal de cierto suceso relevante o en un marco de denuncia, tiene para los personajes de la novela una connotación negativa en la que el habla parece equivaler a la delación. Con esta lógica operan los sujetos que durante o después de la guerra, optan por regirse con códigos internos (séase de la guerrilla o de la comunidad reconstruida) en los cuales el silencio es una forma de protección común que, sin embargo, no logra abarcar a todos los miembros de estos grupos. El conflicto surge en estos escenarios ante la imposibilidad de una conciliación entre pasado y presente, padres e hijos, civiles y excombatientes, hombres y mujeres; categorías que constituyen una serie de alteridades que aumentan la complejidad de conformar un proyecto de unificación y pacificación social. Ante este panorama en el que la idea de comunidad resulta tan problemática, la apuesta de Hernández parece inclinarse al diálogo y el apoyo entre las distintas generaciones que se enfrentan y han enfrentado a distintos cambios sociohistóricos, pero que comparten retos similares como la búsqueda de mejores condiciones de vida en contextos de violencia.

La novela de Hernández ofrece una representación individual y subjetiva de la guerra y la transición salvadoreña alejada de dicotomías ideológicas y con un posicionamiento crítico que obedece a las lecturas que los mismos personajes hacen de sí y de su entorno en un ejercicio introspectivo. Más allá de la representación literaria sobre la sordidez de la violencia en este contexto de lucha interna, *Roza tumba quema* configura en su protagonista la imagen de una sociedad cuya resistencia aún se debate entre el qué, cómo, para qué recordar, qué hacer con esa memoria y qué función puede tener un olvido selectivo en la generación y el fortalecimiento de relaciones de convivencia. Es en esta dimensión interna, fratricida de la guerra, en donde la autora desarrolla de manera más profunda las implicaciones que este largo conflicto tuvo para un país y para las comunidades que en esos años experimentaron la división, el enfrentamiento vecinal y la posterior necesidad de reorganización, desplazamiento interno y reformulación identitaria, mismas problemáticas que son experimentadas en los personajes más jóvenes en un contexto más urbanizado, global y marcado por otras violencias.

Es precisamente desde la oscilación entre las experiencias de la madre en la guerrilla y las de las hijas en un contexto de paz en donde pueden apreciarse desde distintos ángulos los varios conflictos de una temporalidad más actual en la que, si bien no existe un conflicto armado entre distintos actores, la precariedad se instala como una violencia distinta que deben combatir desde distintas trincheras. La figura de la madre permite en la obra de Hernández no perder de vista la estrecha relación entre el pasado reciente y las necesidades de genera-

ciones futuras enfrentadas en ese contexto a un mundo más global en el que la migración salvadoreña se inserta como una norma. Así, el allá espacial sigue correspondiendo a los países que, desde una misma verticalidad pero desde distintos mecanismos, siguen siendo el escenario desde el que se emiten apoyos o remesas; al mismo tiempo que reciben la juventud que, ya sea hija de la guerra o de la pobreza, es desplazada. Es en este sentido, y retomando el análisis inicial relacionado con el título de la novela, en el que el vínculo generacional cobra especial importancia. Tanto las políticas de silenciamiento internas en el ámbito doméstico como la renuencia a despedirse de las armas ocultas que representan el descreimiento del fin total de la guerra, son acciones por parte de la madre que hablan de una lógica personal que desde su escepticismo o recelo aún resiste, protege y vela por el bienestar de sus hijas.

A esta continua lucha desde lo cotidiano por el cuidado de la familia, se presenta la derrota de la búsqueda de un vínculo con la hija perdida. Este personaje dado en adopción durante la guerra, concebido durante la adolescencia de la madre, apartada a la fuerza y dada en adopción de manera clandestina; a pesar de los esfuerzos de esta por establecer una relación afectiva, permanece lejano e inflexible, conflictuado por la revelación de una identidad vedada que no logra asimilar. Ante el rechazo de esta hija perdida en la guerra, la madre debe lidiar con sus propios procesos de resignación y cierre. Si, por una parte, las hijas menores representan en un cierto nivel aquello por lo que la generación de la madre luchó y el futuro de una sociedad en transición, la hija mayor personifica en un nivel simbólico la pérdida consecuencia de la guerra.

Desde la exploración de la maternidad y de las implicaciones de este ejercicio en contextos bélicos y posbélicos, la novela expone los conflictos a los que se enfrentan los personajes femeninos de sociedades en desplazamiento, en lucha armada y en proceso de reconstrucción, de manera íntima y desde la cotidianeidad doméstica. Lejos de la relación explícita del conflicto armado y de la criminalidad urbana posterior al fin de este, las violencias militar y estructural se reflejan en la novela en las necesidades, preocupaciones y retos de personajes que se ven obligados al desplazamiento, a la separación y a la aceptación tácita de prácticas sociales amenazantes para los personajes femeninos que deben enfrentarse a un doble discurso normativo de las comunidades reconstruidas.

## Obras citadas

- Cornejo, Marcela, Dariela Sharim, Juana Kovalskys y Germán Morales. “Trauma psicosocial y memoria: diseño de un dispositivo biográfico para investigar el impacto de la Comisión de Prisión Política y Tortura en Chile”. *Revista de Estudios Sociales* 40 (2011): 81-88. Impreso.
- Hernández, Annette. “Cartografía de la memoria: actores, lugares y prácticas en El Salvador de la posguerra (1992-2015)”. Tesis. Universidad Autónoma de Madrid, 2016. Web.
- Hernández, Claudia. *Roza tumba quema*. Ciudad de México: Sexto Piso, 2018. Impreso.
- Logie, Ilse. “Reformulaciones literarias del imaginario posdictatorial argentino: el caso de ‘Soy un bravo piloto de la nueva China’ de Ernesto Semán”. *Representaciones de la violencia en América Latina: genealogías culturales, formas literarias y dinámicas del presente*. Eds. Ana

- María Amar Sánchez y Luis Avilés. Madrid: Iberoamericana, 2015. 95-119. Impreso.
- Montalvo, Patricia. "Recuperación de la memoria histórica: actitudes de la población salvadoreña". *Estudios Centroamericanos* (noviembre 2006): 693-694. Impreso.
- Ortiz Wallner, Alexandra. "Guerra y escritura en 'Roza tumba quema' (2017) de Claudia Hernández". *Revista Letral* 22 (julio 2019): 110-128. Web.
- Pollak, Michael. *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. Trads. Christian Gebauer, Renata Oliveira y Marina Tello. La Plata: Ediciones Al Margen, 2006. Impreso.
- Quilez Esteve, Laia. "Hacia una teoría de la posmemoria. Reflexiones en torno a las representaciones de la memoria generacional". *Historiografías* 8 (julio 2014): 57-75. Web.
- Reulecke, Jürgen. "Generation/Generationality, Generativity, and Memory". *Cultural memory studies. An international and interdisciplinary handbook*. Eds. Astrid Erll y Ansgar Nünning. Berlín: Walter de Gruyter, 2008. 119-125. Impreso.
- Richard, Nelly. *Fracturas de la memoria. Arte y pensamiento crítico*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007. Impreso.
- Richard, Nelly. "La problemática de la memoria en el Chile de la postdictadura". *Historia reciente. Historia en discusión*. Comp. Álvaro Rico. Uruguay: Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, 2008. 59-67. Impreso.
- Sanz, Marta. "Mujeres marcadas". *El País* 28 de mayo 2018: s.p. Web.
- Sarmiento, Ignacio. "Historia, literatura y catástrofe en la narrativa salvadoreña actual". *Memoria del XII Congreso Centroamericano de Historia*. San Salvador, 2014. S.p. Web.
- Spiller, Roland et al. (eds.). *Guatemala: Nunca más. Desde el trauma de la Guerra civil hacia la integración étnica, la democracia y la justicia social*. Guatemala: F&G Editores, 2015. Impreso.
- Zúñiga, Mario. "Heridas en la memoria: la guerra civil salvadoreña en el recuerdo de niñez de un pandillero". *Historia Crítica* 40 (enero 2010): 60-83. Web.